

1. El bruido del alma

Un libro concentrado en razonamientos es "Las voces de la tragedia" de Jaime Martínez Salguero. Una sucesión de impresiones anímicas que se trasladan al papel para exteriorizar las apreciaciones después de haber meditado sobre las grandes tragedias de la literatura y las relaciones entre ellas y con los nexos humanos de los que derivan. Nace de la nostalgia de revivir los dramas sensacionales, de rescatar con evaluaciones filosóficas los momentos candentes del escenario. El resultado de esta meditación sobreviene en un cortejo de evocaciones que, al ser trasladadas al papel, arriban como confesiones de preferencias conductuales de los personajes.

Este recuerdo no desarraiga a los seres, tributa más bien un homenaje a su pasado. Los personajes pertenecen al pretérito, pero a esa indole especial de lo teatral en que siempre persisten siendo presentes, pues como el material evocado es ficticio podría acercarse a lo fantástico, sin embargo, corresponde a la realidad humana desde el momento en que estos individuos actúan como humanos, en cualquier época que sea, y desenvuelven sus características psicológicas similares a las de todo hombre.

Si las tragedias se originan en la ficción del autor podría creerse que ellas revelan actitudes no humanas. Pero el teatro no es una trampa que quiere fabricar una ilusión porque se basa en el pasado, ni tampoco quiere desarrollar una serie de complejos de inferioridad, pues en sus pasajes presenta a hombres y mujeres como minusválidos intelectuales que, a veces orates, quizás enfermos de atesoramiento de pecados capitales; a veces impávidos sociales, hacen extender la trama coloquial de los infortunios.

En "Las voces de la tragedia" su autor, **Jaime Martínez Salguero**, calibra en una balanza pareja los personajes del pasado con la gente de nuestro actual vivir, compara el elenco de las tragedias famosas con los sentimientos de los individuos, y no quiere denominar destino a la génesis de los hechos humanos, como una fatal sujeción de los sucesos a algo no tangible. Intenta descifrar el pecado capital, la culpa de nacer, la elaboración mental del conocimiento, la liberación del cuerpo, el bruido del alma: basándose en lo que dicen los personajes procura reconstruir la posición de entonces, de la época de los sucesos. Porque ha leído las tragedias se siente testigo e intérprete. Su mérito es hacer retornar lo ido; a lo pasado le da una presencia actual. El tiempo no consigue hacerse olvidar pues provoca estados de ánimo que Martínez Salguero propone que se mantengan. Su texto no se vulgariza en ningún instante ya que conserva el elevado tono que exige el tema, extrayendo una lección de un instante, a veces de una frase del parlamento, cuando más parece que la realidad está inerme.

Es evidente que en la narración de su filosofía individual, el autor es llevado con nostalgia por aquellos tiempos en que la retórica embellecía los actos de las personas. Con sus reflexiones nos muestra la forma cabal de entender esas obras trágicas, y cómo llevarlas a las explicaciones, como una necesidad personal de descifrar los códigos de los grandes

autores - **Sófocles, Esquilo, Eurípides, Shakespeare, Ibsen** - . Atento a las palabras y a la astucia que encierra el texto, y con añadido sentimental, muestra su capacidad de hallazgo explicando la tensión del hombre en su drama, empujado por la vida y en la cercanía de la muerte.

Para él, héroe trágico es el que se desespera por hallar el motivo de su existencia y, aplastado por las contrariedades, se siente despiestado y doblegado por un dolor más profundo que el corporal; ése que por más que se apura no encuentra las causas de su devenir, le mueve un desasosiego porque no se aproxima a una esperanza. Se arma de su propia soledad para ir razonando mientras procura una resistencia humana frente a los avatares y, si se acerca a la razón de los acontecimientos, acortando lo más que pueda la mensurable distancia de sus fronteras subjetivas.

En las páginas de este libro no hay controversia con los sucesos ficcionales, se los acepta serenamente, extrayendo una nostalgia amarga al recordar los tiempos pasados, señalados en las tragedias, a costa de sentirse impresionado o sufrido por los hechos dramatizados. Es una situación exigente para el escritor cuando quiere descargar el alma del prójimo, como una aceptable ocasión de enjugar lágrimas antiguas que descubre en sus tristes conclusiones obtenidas. Utilizando las oraciones cortas, precisas y circunspectas aparece su pensamiento como máximas que todo explican y nada ocultan; es que ha escogido en sus capítulos pasajes muy concretos que se refieren a la tragedia pero más aún a los estados del espíritu como la culpa, la caída y el pecado, el fracaso, la compasión ante la vida y el mundo, la curiosidad en el desengaño. No se duda que el tema lo sedujo repasando las infinitas imágenes que los dramas famosos proponen. Escapando de la tentación siempre presente de excederse en la emoción, la depresión, la dilaceración de su armonía interior, siguió las pistas de la realidad en aquellas obras, aparentemente de ficción, develando el enigma conductual de los seres, distendiendo las situaciones humanas del diario vivir.

El autor cita a **Sófocles**: "¡Qué horrible es el saber cuando la ciencia de nada le sirve al que la posee! Todo lo que sabía espléndidamente lo he olvidado". Es también una inercia cuando se emprende la labor quimérica de correr una aventura intelectual optando por el sesgo dúctil de escribir las apreciaciones subjetivas basándose en lo más material del comportamiento humano, que ha sido escrito y cribado por el análisis correspondiente de los grandes autores de las tragedias en la literatura universal.

2. Inconsciencia existencial

En el capítulo XIV el autor refleja la dinámica posición actual del hombre que se declara dominador de la naturaleza y vencedor de cualquier empresa monumental que inicie. Esta actitud, sin embargo, es el origen de la reaparición de la tragedia entre los humanos. Éstos, de tenerla, se mueven en una filosofía cerrada, ocasionalmente en ambiente irrespirable, desgarrada por una fatalidad negada externamente; es decir, actuando con un ideal subterráneo como una veta dispuesta en estratos de diversos sentimientos interpenetrados. Ese ambiente es el de la época de intolerancia en que

manda la total indiferencia por los demás y en que la inconsciencia existencial repercute en la desconfianza entre los contemporáneos. Es que el hombre prescindir de Dios y con ello produce una horadación definitiva en su mundo corriente. Esto se traduce en las nuevas tragedias escritas, que son los testigos fieles de la tragedia que se vive, y que asimismo da lugar a que aparezca una filosofía correspondiente.

Los comportamientos de los seres, a manera de círculos concéntricos, limitan los antecedentes desde el pasado, adquieren el sentido de su producción y recorren su propia fatalidad; pero en la tragedia moderna estos círculos tienen la obligatoriedad de constreñirse incesantemente. Aparecen ángulos imprevistos que ocasionan la búsqueda exhaustiva del nudo verdaderamente filosófico. Los seres míticos de la tragedia antigua no cometían pecado sino que eran marionetas de una fatalidad ineludible; hoy, en cambio, el acto no parece estar pre-establecido, es el hombre que arremete como un acto de protesta, creyéndose autosuficiente, para destruir lo que se le presenta; protegido y tamizado por el egoísmo personal, se despreocupa del inconsciente que medra hacia la muerte. Este personaje de las tablas o de nuestras calles actuales se halla fascinado por su independencia, el poder de su dinero o de sus armas, y su propia enorme capacidad; es la representación del más puro objetivismo. Pero lo irremediable que carga, y que no confiesa, es la angustia que tiene escondida; es la "náusea" que produce, acompañando a sus cavilaciones y a su notoria carga de desesperanza maniatada.

En las especulaciones bien meditadas de este libro se puede seguir al personaje de la tragedia actual que está acrecentando su angustia, enturbando sus medios reflexivos y haciendo más patente sus dudas. Impotente aun, busca, sin religión, en el fondo de sus postergaciones y sus negatividades a un Dios. "Es que en el hombre de hoy se está produciendo una lucha entre su consciente, negador de Dios, y su inconsciente, que guarda un mensaje de su presencia" - dice Martínez Salguero. Difieren fundamentalmente las actitudes del hombre religioso y del hombre impregnado del presente tiempo. En este último, la conciencia se angustia con intermitencias porque su concepto de humanidad es constreñida y fragmentaria. El religioso, en cambio, es firme por detentar los apuntalamientos de la fe y la esperanza. La explicación del autor no deja de preocupar porque se llega a comprobar el arribo del mundo a una etapa terminal en que la actitud de éste extirpa a la colectividad humana todo tipo de decencia, en la misma proporción en que se van alineando una mayor cantidad de personajes, frenéticos y poseídos, debajo de las tramoyas de nuestra vida diaria. El simbolismo es válido para la interpretación filosófica y literaria, pues por ser escenas previstas para el futuro, las actitudes provocativas son necesariamente inquietantes porque conmueven y deprimen.

ALFONSO GÁMARRA BIRANA
(1911). Médico, poeta y
narrador. Miembro de la Academia
Nacional de Letras de Bolivia.
11 de febrero de 1980.